

El valor de la mirada. En defensa del patrimonio filosófico intelectual de María Zambrano: 40 años de textos en prensa

The Value of the Gaze. In Defence of the Intellectual Philosophical Heritage of Maria Zambrano: 40 Years in the Press

Juan Fernando ORTEGA MUÑOZ
Universidad de Málaga

Recuperamos aquí los artículos que Juan Fernando Ortega Muñoz (1932) ha publicado desde 1978 en defensa y reconocimiento de la filosofía de María Zambrano, una tarea inmensa y de justicia filosófica y poética que sirve para reconocer a la pensadora española más importante del siglo xx. A pesar de ser textos breves, muestran la aportación fundamental al conocimiento de la obra de la filósofa veleña y el germen de lo que sería la institucionalización de su obra con la creación de la Fundación María Zambrano.

Pero, antes de reproducir los artículos de Ortega Muñoz, y para dar constancia de la relación, tanto persona como profesional, que unía a ambos pensadores, no podemos dejar de reproducir las palabras que María Zambrano redactó como presentación

del libro de Juan Fernando Ortega Muñoz *Apuntes para una teoría de Andalucía*:

Me sorprende, amigo y maestro para mí, su interés por Andalucía y que en su modestia quiera unas palabras mías de presentación de quien ha dedicado su vía a Andalucía y es y se siente andaluz como yo.

Tiene Juan Fernando Ortega Muñoz esa condición extraordinaria de ser y de pensar al mismo tiempo, de que no haya en él desviación alguna, ni mancha alguna de interés, ni afán de exhibición, ni afán de ser ni de parecer, sino simplemente la honda pasión verdadera de los verdaderos filósofos. Esto por ser andaluz lo estimo doblemente, aunque un andaluz de verdad es imposible —se me figura— sin algo de filósofo. Pero un filósofo, que además sea andaluz, me parece algo maravilloso, extraordinario, ante lo cual yo no puedo sino... —iba a decir— rezar. —Vea, vea el lector lo que esto quiere decir en mi voz que ya apenas se articula—, rezar, rezar la canción, rezar juntos.

Antes se iba a misa con el salterio. Algo de salterio ha de tener la filosofía para que sea enteramente filosofía; y la de Juan Fernando Ortega Muñoz tiene mucho de salterio, de salterio en que la filosofía se cuenta y se canta; se canta como una canción que invita a ser cantada. Esto es simplemente una maravilla, una de las mayores maravillas que puede darse en esta tierra. Yo no digo que sea la más alta filosofía. No soy yo quien para decirlo, no siendo yo filósofa, ni siendo yo nada; siendo solo una muchacha del coro que va con el salterio y sigue y sigue oyendo la música perfecta o casi perfecta de Juan Fernando Ortega Muñoz, filósofo de mi tierra.

María Zambrano Alarcón
Madrid, 24 de abril de 1989

Texto 1

La filosofía desconocida de María Zambrano

Publicado en el Diario Sur, 10 diciembre 1978

El próximo día 11 un alumno de la Facultad de Filosofía y Letras de Málaga defenderá una tesis de licenciatura sobre el pensamiento de un filósofo malagueño de nuestros días, María Zambrano.

Es penoso constatar que aquí, como tantas otras veces, se ha cumplido el adagio de que nadie es profeta en su propia tierra.

La verdad es que María Zambrano, más conocida fuera de España que entre nosotros, bien merece que alguien le dedicara al fin un serio estudio. El profesor Aranguren se quejaba hace tiempo del olvido injustificado en que los filósofos españoles tenemos a esta mujer de talla más que suficiente como para figurar con pleno derecho en la historia de la filosofía.

«Si los escritores españoles —nos dice— no fuésemos tan duros y tan indiferentes los unos para los otros, de verdad no importara lo que los demás hacen por su valor objetivo y no para elogiarlos porque son amigos nuestros o, al revés, para denostarles porque no pertenecen a nuestro grupo, hace tiempo que alguien habría estudiado, como se merece, la obra de María Zambrano».

Quien se adentra en su estudio queda fascinado irresistiblemente por la erudición de esta mujer admirable, por su valiente y original enfoque de la filosofía, por su pluma ágil, sugestiva y brillante. «Si María Zambrano hubiera callado —nos dirá el mismo Aranguren— algo profundo y esencial habría faltado, quizá para siempre, a la palabra española».

María Zambrano nació en Vélez-Málaga en 1907, hija de maestros; estudió en Madrid con Ortega y Gasset con el que fue profesora ayudante; tras la guerra civil española y creyéndose comprometida porque su padre, Blas Zambrano, íntimo amigo de A. Machado, había sido un militante activo y destacado de la Agrupación Socialista Obrera, se expatria voluntariamente.

Ha sido profesora de la Universidad de La Habana de Morelia, y de San Juan de Puerto Rico. En 1953 la vemos en Roma, luego en París, donde conoce filósofos como Cioran.

Ha publicado numerosas obras entre las que podríamos destacar: «Horizonte del liberalismo» (1930), «Filosofía y poesía» (1939), «El pensamiento vivo de Séneca» (1944), «La agonía de Europa» (1945), «Hacia un saber sobre el alma» (190), «El hombre y lo divino» (1955), «España, sueño y verdad» (1965), «El sueño creador», (1965), «Los intelectuales en el drama de España» (1977), «Claros del bosque» (1978), además de innumerables trabajos en publicaciones periódicas.

Recientemente, a partir de 1971, la editorial Aguilar ha comenzado la publicación de sus «Obras reunidas», de las que hasta el momento solo han visto la luz el primer tomo.

El pensamiento de María Zambrano podríamos incluirlo dentro del movimiento existencialista. Aranguren la llama «un Heidegger con acento español». Pero se trata de un existencialismo de características muy especiales. Justamente, al igual que en Heidegger, nos encontramos con un existencialismo más de forma que de fondo, más metodológico que de contenido. El existencialismo es en ella, como en Heidegger, el punto de arranque para la construcción de una ontología. El ser solo puede ser estudiado desde el hombre, desde donde el ser visto —podríamos decir— desde dentro. Somos seres privilegiados ya que además de la cualidad trascendental del ser, que nos es común con todos los seres del universo, nos es dado el conocer

nuestro ser y con ello estamos situados en una postura de privilegio para el estudio del ser, de todo ser.

Acertadamente y como comienzo para una investigación posterior, Antonio Doblas ha dedicado dos años al estudio del humanismo de María Zambrano. El estudio del hombre es requisito y pieza clave para comprender el pensamiento completo de esta filósofo. Por ello que el pensamiento de María se nos presenta como una especie de humanismo, pero un humanismo que no intente trascender al hombre mismo se toma más tarde o más temprano en anti humanismo. Como diría Calderón, el infierno del hombre es encontrarse a solas consigo mismo. Por eso María Zambrano se pregunta «¿Sucederá, tal vez, que lo humano no sea la mejor medida para lo humano? ¿No estamos frente a un conflicto, el más hondo de nuestra época humanística? ¿Podemos definirnos, como el más obstinado intento moderno, solamente en relación con lo humano?». Ella piensa que no. El carácter intencional del pensar y del querer humanos y en general de todo el ser del hombre no puede ser comprendido sino como trascenderse a sí mismo. Un ver que nada viera, ¿qué clase de ver sería? El hombre, por su propia esencia, como ser que es haciéndose y que se hace reflectándose en lo que no es el mismo, exige por necesidad metafísica su propia trascendencia.

Por ello, correctamente Antonio Doblas llama al humanismo de María Zambrano un «humanismo trascendental». El hombre es el tanto en cuanto sale de sí mismo y se busca en sí mismo en «do otro».

Tres líneas de intencionalidad destaca María Zambrano y Antonio Doblas estudia en su tesis: el reencuentro del hombre consigo mismo —la toma de posesión de sí como objeto de mi «reflexión»—, la búsqueda de mi mismidad en la coincidencia con mi destino que me es impuesto desde la «dejanía» (?) del

proyecto divino y el ser yo mismo en diálogo y lucha con los «otros», iguales que yo y en los que únicamente consigo verme a mí mismo desde fuera de mí, que es la única manera de poderme ver. Los «otros» no son solo mis semejantes humanos, sino todo aquello que participa conmigo en ese «cierto aire de familia» que es sencillamente el ser.

Y de aquí que de su humanismo existencialista emergen las tres realidades que Descartes destacara como objeto de la metafísica: yo, mundo, Dios.

De esta forma su existencialismo es solo camino abierto hacia el estudio del ser, una nueva metodología para abrirse paso hacia una nueva ontología, y con ello hacia una nueva época de esplendor de la filosofía misma.

Ojalá que este estudio de Doblas despierte el interés de nuevos estudios sobre el pensamiento de María Zambrano y, al fin, los filósofos españoles nos liberemos del esnobismo de menospreciar nuestros paisanos solo por serlos y aceptar bobaliconamente con admiración de principiantes el pensamiento de los extranjeros solo por el hecho de llamarse con nombres extraños a nuestra fonética.

Andalucía fue cuna de grandes pensadores, y lo es aún si sabemos tener ojos para ver y estudiar los que piensan muy próximos a nosotros.

Texto 2

Indignación y esperanza

Publicado en el Diario Sur el 3 de julio de 1981

Los extraños caminos del destino han hecho que coincidan en el tiempo y aparezcan conjuntamente en primera página en el diario *Sur* la investidura del doctor *honoris causa* por la Universidad de Málaga del poeta Jorge Guillén y el anuncio de la concesión del premio Príncipe de Asturias a la filósofa malagueña María Zambrano.

Pero lo que no sabe el lector es que, de haber ido las cosas como debieran, se hubiera investido conjuntamente a ambas personalidades como doctores de esta universidad, porque la primera propuesta realizada en la junta de gobierno de la Facultad de Letras así lo planeó, pero alguien, que no había leído a Zambrano, impidió que el proceso siguiera adelante. Poco tiempo después la propuesta era rechazada también en otro centro universitario de esta ciudad. El argumento era de nuevo el mismo, no habían oído hablar de María Zambrano. Hace poco Ciorán preguntaba a Fernando Savater: «Pero, ¿se acuerdan en España de María Zambrano, el más original y creador de los discípulos de Ortega?» ¿Es que en este país no va a llegar nunca la hora de que se aprecie a las personas por lo que valen en sí y no por el valor de cambio que tengan en el mercado —pobre mercado— intelectual de nuestra tierra?

Como diría Savater, «este país tan mísero filosóficamente hablando no puede permitirse el lujo de olvidar a uno de sus pensadores de mayor talento... Parece demasiado grave admitir que hemos decidido pasarnos sin este talento singular y nuestro mientras nos son imprescindibles tantas mediocridades foráneas» (*El País*, 28-1-81).

El autor de estas líneas que descubrió con asombro a María Zambrano hace ya bastantes años y que viene intentando desde entonces darla a conocer como se merece, ha tenido que sufrir más de una sonrisa despectiva. Pero la verdad se impone tarde o temprano y una filosofa como ella, que goza de un indiscutible prestigio internacional, no puede permanecer por más tiempo olvidada. Gabriel Marcel vio en una de su obra, concretamente en *Delirio y destino*, la verdadera biografía espiritual de la Península Ibérica.

Pero parece que a este país se le están abriendo los ojos ya al fin. Primero plumas tan prestigiosas como las de José Ángel Valente, José Miguel Ullán, Pere Ginfrer, Fernando Savater comienzan a darla a conocer en los diarios nacionales de más tirada. La tercera Semana Andaluza de Filosofía, celebrada en Córdoba el pasado mes de abril, la designa para la conferencia de clausura, María Zambrano declina por enfermedad, pero la asamblea, por unanimidad, decide trabajar para conseguir su vuelta a España y darla a conocer en Andalucía.

La Consejería de Educación del gobierno preautonómico andaluz escribe a las cinco Universidades andaluzas pidiendo soliciten al Ministerio de Educación el nombramiento de María Zambrano como catedrático extraordinario. La Universidad de Córdoba tiene en trámite su nombramiento como doctor *honoris causa* por aquella universidad y, al fin y últimamente, se le concede el premio Príncipe de Asturias.

Pero una vez más se repite el proverbio de que no hay profeta en su tierra. La Universidad que debería haberse preocupado de darla a conocer, solo puso obstáculos para el legítimo reconocimiento de tan insigne pensadora. ¿Hasta cuándo? Yo emplazo a mis insignes colegas a que se decidan a estudiarla. «Leerla a una experiencia auténticamente poética, creadora, porque su obra no nos deja informados, o convencidos, o

abrumados, o adoctrinados, sino que nos deja pensativos...» (Savater. 1.c).

Al menos, sus paisanos de Vélez-Málaga han hecho lo que podían hacer lo que es tradicional en estos casos, dedicarle una calle.

Pero la Universidad no tiene calles que dedicar. La Universidad solo da títulos y con ello reconoce oficialmente una labor científica, docente o literaria. ¡Bienvenido ese doctorado *honoris causa* de Jorge Guillén! ¡Se lo tenía merecido ese vallisoletano de pro que escogió nuestro sol y nuestro clima para el nostálgico atardecer de una vida apretada de realidades y de éxitos!

Pero la facultad de dar títulos es un arma de doble filo, porque la Universidad que no concede los que debe ser desprestigia de igual manera. ¿O es que somos buenos literatos y malos filósofos?

¡Aún estamos a tiempo! Yo tengo la esperanza de que, de forma urgente, se salve este lamentable olvido y que cuando en septiembre venga a España María Zambrano, a recibir de manos de S. M. el Rey de España el premio Príncipe de Asturias, la Universidad de Málaga se una al homenaje concediéndole el doctorado *honoris causa*.

Desde aquí, mi sugerencia a organismos públicos malagueños y a individuos privados, de que, es el mayor número, soliciten al rectorado de la Universidad que con carácter de urgencia se incoen los trámites para la concesión de tal distinción a María Zambrano.

Texto 3

María Zambrano y el renacer filosófico en España

Publicado el 8 de octubre de 1981

Cuando escribo estas líneas se está realizando en el Teatro Campoamor de Oviedo la primera edición de la ceremonia de entrega de los premios Príncipe de Asturias, entre los que se cuenta el concedido a la filósofa malagueña María Zambrano.

La voz del príncipe, que se encuentra en esa frontera que separa la infancia de la juventud, es toda una evocación de esa frontera que está atravesando en nuestros días la cultura española y, sobre todo, lo que constituye la quintaesencia del alma de un pueblo, que es su pensamiento filosófico. «La filosofía —había dicho Hegel— solo aparece en la historia allí donde y en la medida en que se crean constituciones libres... Por eso la filosofía no comienza hasta llegar al mundo griego».

A una filosofía estereotipada, paralítica, puro epígono y remedio del pensamiento filosófico extranjero, que ha caracterizado, salvo honrosas excepciones, los últimos años de la historia de la filosofía en España, ha de seguir necesariamente un periodo de reflexión original y enraizado en nuestras más profundas estructuras culturales. Roto el corsé frustrante y aséptico de una cultura programada e impuesta desde el poder, se abre eufórico y explosivo ese principio germinal que estaba negado y constreñido. Y nada mejor para reintegrarnos a la línea fecunda y sugerente de la reflexión filosófica española que el pensamiento de María Zambrano.

Para una visión superficial parecería que la producción de esta filósofa malagueña es solo y exclusivamente literatura. Pero, además de que, como decía Unamuno, «en España todo, incluso

la filosofía, se torna literatura», hay en los escritos de María Zambrano el desarrollo profundo de un pensamiento metafísico, que enlaza de manera espontánea y coherente con la tradición más original, reflexiva y aguda de nuestro acervo cultural.

Quien tenga la suerte de leerla verá en sus escritos, hecha médula de las inquietudes más actuales del pensamiento, la presencia de filósofos, como Seneca, Ibn Gabirol (filósofo malagueño por desgracia tan desconocido), Suarez, A. Machado, y, por otra parte, Spinoza, Ortega y Gasset, Unamuno, etc., sin por ello caer en un chovinismo barato y en un patrioterismo frustrante, porque, si su solución a los problemas filosóficos, que en definitiva son los trascendentales y primeros problemas humanos, se inspira en las fuentes del más castizo pensamiento español, en su producción está presente, asimilada y hecha carne de su propio pensamiento, toda la cultura filosófica de occidente.

Ella, como ningún otro filósofo en España, marca y expresa la hora de las inquietudes filosóficas del mundo de hoy, y, a través de su pensamiento, se nos abre en perspectiva la reflexión filosófica hasta sus orígenes, una visión en escorzo que, siendo de hoy, alcanza la dimensión de los casi tres milenios del esfuerzo metafísico del hombre occidental.

Sin duda ha sonado la hora de María Zambrano en la filosófica española. El pueblo, este pueblo andaluz inteligente y sencillo, lo ha entendido así. Ahí está para demostrarlo ese reciente acuerdo del Ayuntamiento de Vélez-Málaga proponiéndola como hija predilecta de la ciudad y pidiendo al Rectorado de nuestra Universidad el doctorado *honoris causa* para María Zambrano.

Quien escribe estas líneas, que tanto tiempo lleva luchando por darla a conocer, se siente gratificado porque, al fin, suena en la vida cultural española, como se merece, el nombre de María Zambrano.

Texto 4

María Zambrano, las veleidades de la fortuna

Publicado el 24 de abril de 1985

Entre los días 21 al 24, y organizados por el Ayuntamiento de Vélez-Málaga, el Área de Cultura de la Diputación Provincial y la Universidad, se va a celebrar un homenaje a la filósofa malagueña María Zambrano. En realidad, los actos a celebrar son tan solo los restos de un naufragio de un magno homenaje que iba a tener lugar con motivo de la venida de María Zambrano para recibir el doctorado *honoris causa* por la Universidad de Málaga y el diploma de hija predilecta de la ciudad de Vélez-Málaga, entre otras distinciones. Una inoportuna enfermedad ha obligado a retrasar *sine die* esas ceremonias. Parece que el destino, una vez más, ha marcado con signo negativo tan merecido reconocimiento a la filósofa veleña.

Pero la cosa viene de lejos. Ya en 1974 la junta de Facultad de Letras estudió la posibilidad de solicitar el doctorado *honoris causa* conjuntamente para Jorge Guillén y para María Zambrano. El proyecto iba por buen camino cuando alguien, que tenía autoridad en aquel momento, se opuso a ello, con lo que demostró una indiscutible miopía intelectual. De haberse celebrado aquella ceremonia conjunta hubiera sido un gran acierto, por la gran amistad que unía a estos dos grandes poetas. Jorge Guillén recordaba un día en una entrevista celebrada en su última residencia malagueña aquella frase de Juan Ramón que afirmaba que no entendía cómo se podía ser poeta sin ser andaluz, quizá más acertado hubiera sido afirmar como se podía ser andaluz sin ser poeta. María Zambrano une a su profundo pensamiento filosófico la belleza de su estilo poético. Con motivo

de la muerte de Guillén, Zambrano me escribía (7 de febrero de 1984): «Hoy me encuentro... afectada por la noticia de la muerte de nuestro poeta Jorge Guillén, nuestro por español y, hasta un tanto, por malagueño de elección, amigo mío desde tiempo inmemorial... ¡Que vacío tan grande deja en el pensamiento y en la poesía sobre María Zambrano». «No he tratado —escribía poco antes de morir— en mi larga existencia a nadie poseyera como esta compatriota aquel intenso poderío de su palabra oral. Era una situación que nos trasladaba al mundo griego, a Sócrates, a Platón... Es única y siempre original nuestra admirable María Zambrano» («Litoral» año 1983, p. 104).

Hubo que esperar a la propuesta del Ayuntamiento de Vélez-Málaga que, en sesión ordinaria celebrada el 30 de junio de 1981, adoptó el acuerdo de solicitar de la Universidad de Málaga el documento de María Zambrano como doctor *honoris causa*. Justo es reconocer el empeño que puso en ello el señor alcalde, Juan Gámez y el concejal de Cultura, A. Carlos Checa. La Diputación Provincial se unió de inmediato a la propuesta. Esta vez el proyecto superó por unanimidad los diferentes concesos que la ley exige al caso.

María Zambrano tiene esa humildad socrática que caracteriza a los grandes filósofos. El 3 de mayo de 1979 me escribía para mi asombro —yo siento por su pensamiento tan profunda admiración—: «Tiemblo cuando alguien como usted me lee. Temblaba siempre al comenzar no solo las innumerables conferencias que tuve que dar, sino también las clases. Solo la irresistible vocación me ha sostenido por el estrecho, áspero, inacabable camino del pensamiento». Esta humildad hace que María rehuya siempre que pueda cualquier homenaje que se realice en su honor. «Dada como soy —me escribía en el 82 refiriéndose al doctorado— a esquivar los reconocimientos académicos y oficiales, si acepto este honor es debido sobre

todo al modo con que ha sido logrado por usted. Es decir, que mi eventual aceptación de este honor es un homenaje a usted y a las personas que en ese empeño... han estado».

Con la llegada del actual equipo rectoral parecía haber sonado la hora de celebrar la ceremonia de la investidura solemne de María Zambrano como doctora *honoris causa* por nuestra universidad. El nuevo rector, José María Martín Delgado, tomó como suyo este propósito. María Zambrano aceptó venir y se convino el 25 de abril como fecha de la investidura, día en que ella celebra su 81 aniversario. La idea fue acogida calurosamente por la Diputación Provincial y por el Ayuntamiento de Vélez-Málaga. El alcalde de esta ciudad, Juan Gámez, y el concejal de Cultura, Salvador Soriano, no solo aceptaron colaborar, sino que organizaron colaborar con una serie de actos en homenaje de María Zambrano en su ciudad natal. Por su parte, el presidente de la Diputación y, especialmente, la diputada de cultura, Pilar Oriente, desde el primer momento mostraron con su colaboración que tan digno organismo está muy sensibilizado por los problemas de la cultura.

Tal vez sea posible pronto dar la bienvenida a su tierra a esta paisana admirable que representa, sin duda, el símbolo de la más alta especulación filosófica de nuestros días.

Texto 5

María Zambrano, señora de la palabra

Publicado en el diario Sur

El próximo día 23 de marzo la Universidad de Málaga investirá como doctor *honoris causa* a María Zambrano.

Con este motivo, y para fijar con ella la fecha de tal ceremonia, fuimos a verla el vicerrector, profesor Cuevas García, y yo. María nos recibió en el salón de su casa de calle Antonio Maura, muy próxima al Casón del Retiro, donde se custodia la obra más famosa de otro malagueño insigne, Pablo Picasso. El día era desapacible y lluvioso, pero en aquel discreto salón se respiraba quietud, como si el tiempo por un momento se hubiera remansado en un paréntesis atemporal para el disfrute y saboreo del pensamiento, que no otra cosa es en definitiva la sabiduría. Estar junto a María es como sentarse en un día de estío al brocal de un pozo, como el del pequeño patio de su casa natal, al que da sombra un frondoso limonero, donde ella cayó siendo pequeña y que ella define en una carta reciente como un remanso de «agua profunda, clara y misteriosa». «Creo —decía— que [ese pozo] ha inspirado a lo largo de mi ya larga vida muchos reflexión filosófica auténtica —nos decía— le la da el grade mis escritos y aún de mis ideas».

María vestía en aquella tarde un traje largo color malva pálido y anudaba a su garganta un pañuelo de seda que le hacía juego. Fumaba insistentemente cigarrillo tras cigarrillo, mientras charlaba distendida y se enredaba en el humo sus reflexiones y vivencias. Pensé por un momento en el recuerdo que Platón guardaba de su encuentro con su maestro Parménides, que describe en su

obra el *Teeteto*, como venerable y temible a un tiempo. María conserva una conversación sugerente y una memoria muy viva. Te hace revivir su mundo y te aproxima a aquellos monstruos del pensamiento que ella conoció de estudiante: su maestro Ortega, Zaragüeta, Gaos, García Morente, Unamuno, Machado, Zubiri; a este último lo sustituyó en sus clases, cuando ella era profesora ayudante de la Universidad Complutense. Por la conversación fueron pasando, con la frescura y viveza de un vídeo, personajes que configuraron la España que ella dejó tras de sí el año 39: Besteiro, Azaña, Pablo Iglesias, Gil Robles...

Su voz, a un tiempo femenina y profunda, tenía sabor «de mar y naranja exprimida», como decía García Lorca del cantaor Juan Breva, aquel que, según ella misma me refiere, la dormiría de niña en sus noches de insomnio con su cante hondo desde el próximo Café Cantante de Chicano, que hacía esquina a la calle Pilarillo y a la calle Mendrugo, donde ella vivía.

Los temas fluyen uno tras otro de una forma natural y sin estridencias, pero sin pausas, sin esos instantes de silencio en que te sientes por un momento perdido. Ella marca una forma natural el ritmo y la temática de la conversación. Hay en esta anciana algo juvenil y una sugestiva fragancia de pensamiento. La medida de una reflexión filosófica auténtica —nos decía— te la da el grado de serenidad y alegría que te produce. No hay filosófica triste. La verdad es que la conversación con María te deja una sorprendente paz interior y el regusto profundo de haber participado en una conversación con un misterioso ritmo inmanente. Al filósofo medieval malagueño Ibn Gabirol lo definió uno de sus contemporáneos como el «caballero de la palabra», porque realmente era un señor en el uso del lenguaje, María Zambrano, por su dominio de la palabra y por el profundo mensaje que en estas transmiten, debería llamarse con sobrada razón «señora de la palabra».

Texto 6

María Zambrano, filósofo y poeta de un mundo en crisis

Publicado en el número 98 del Sur Cultural el 28 de marzo de 1987

El pasado 23 de marzo María Zambrano recibía de manos de rector de la Universidad de Málaga las insignias que le acreditan como doctor *honoris causa* por esta universidad, hecho que era acogido con calurosa aceptación por todos los medios de comunicación del país.

Tal distinción era, en verdad, un deber de gratitud —como dijo José María Martín Delgado en la ceremonia—, que le debía no solo la Universidad malagueña, sino incluso la sociedad española en general a una pensadora que ha dejado un alto nombre de España en su peregrinar por América y Europa.

El profesor rumano Emil Cioran vio en ella la discípula más original de Ortega y Gasset, al que en algunos aspectos supera, como al intentar traspasar los linderos de lo que tradicionalmente se entienda por filosofía, dando «un paso más allá de la filosofía» misma, hacia esa zona oscura en que hunde sus raíces el pensamiento, los «inferos del alma», como ella gusta llamar.

Allí, en la penumbra del sueño primigenio emerge la poesía que antecede al pensamiento y que se abre a la luz de la palabra, la palabra viva, que era principio de los tiempos —«hay una palabra, una sola», dice Zambrano—, palabra que marca la aurora del pensar, del nacer a la conciencia. «En el fondo de esta época moderna —nos dice— parece residir una sola palabra, un solo anhelo querer ser. El hombre quiere ser, ante todo, ciego. Antes de afanarse en abrir los ojos, quiere, quiere ciegamente. Y cuando mira es para ser. Por eso, no quiere otra cosa que lo absoluto. A su ansia ninguna otra cosa puede serle

dada que lo absoluto también. Pero, en realidad, no ha ido a buscarlo, porque el absoluto alienta ya dentro de él. No se siente en verdad incompleto el hombre de este momento, no se siente necesario ni menesteroso de salir en busca de nada. Y, sin embargo, debajo de su “absoluto” esta —mares de nada—, ciega indiferente, la angustia. Y sobre la angustia, los altos muros del sistema».

Vivimos en un mundo en crisis que pone en tela de juicio todos los valores al este y al oeste. Se han venido abajo todos los «muros», han caído todos los sistemas. El panorama es infinito, pero es también infinita nuestra soledad. Y la soledad solo produce angustia. «La angustia que parece ser la raíz originaria de la metafísica moderna en general... La razón, al desconfiar y alejarse, se afirmaba a sí misma un “absolutismo” nuevo en verdad. La razón se afirmaba cerrándose y después, naturalmente, ya no podría encontrar otra cosa que a sí misma. De ahí la angustia. La angustia que arroja como fondo ultimo toda esta metafísica».

María Zambrano es consciente de pertenecer a la posmodernidad, atrás ha quedado la filosofía de los grandes sistemas: «Parece existir —nos dice— una correlación profunda entre angustia y sistema, como si el sistema fuera la forma de la angustia, la forma que adopta un pensamiento angustiado al querer afirmarse y establecerse sobre todo. Último y decisivo esfuerzo de un ser náufrago en la nada que solo cuenta consigo... Castillo de razones, muralla cerrada de pensamientos invulnerables frente al vacío». Alguien ha acusado a nuestra pensadora de no haber confeccionado un sistema. Solo desde una filosofía miope y caduca se puede hacer tal afirmación. Zambrano pertenece a otro mundo, es una filosofía situada, una filosófica de un mundo en crisis, un pensamiento actual. De aquí esa buena acogida que suelen tener sus libros entre la juventud

intelectual y el hecho de que, aun en vida —lo cual es insólito en un mundo cultural como el nuestro en que solo se solían apreciar los pensadores foráneos— su obra es objeto en la actualidad de más de una decena de tesis doctorales.

Pero —argumenta Zambrano— «la angustia no se resuelve sino con actividad. No lleva a la contemplación, sino a un pensamiento que es acción, a un pensar que se pone en marcha porque es lo único que puede poner en marcha el ser angustiado, lo único que tiene para afianzarse». Zambrano se refiere al saber poético, que es un saber creador. «Sin angustia el poeta no recorrería el camino que va desde el ensueño —ese sueño que hay bajo toda poesía— y que es el sueño que hay bajo toda vida.

No saldría el poeta de ese sueño de la inocencia si no es por la angustia. Angustia llena de amor y de no de voluntad de dominio que lleva hasta la creación de su objeto».

¿A dónde nos ha conducido esta sed de dominio que ha caracterizado la filosofía moderna? Nos es suficiente contemplar la deshumanización de un mundo como el nuestro que se profesa humanista, la desesperanza a que nos ha conducido la filosofía racionalista. Zambrano contrapone filosofía —esa filosofía— a su nuevo método: la razón poética, una razón integradora, abierta al mundo y al hombre, que haga de nuestro cosmos intelectual un mundo transitable. «En un extremo de la cultura clásica —esa filosófica—, el metódico conocimiento racional, el esfuerzo de la mente para adquirir la verdad, “separándose violentamente de las cosas”, de las apariencias que encubren el mundo. Este saber llega a ser sistema, sistema en que la totalidad del mundo quiere ser abarcada, en que la ínfima multiplicidad del mundo pretende ser poseída.

Al otro lado de la cultura clásica quedó la poesía. Cuentan que los soldados de Alejandro el Grande, al llegar a la India,

encontraron en los bosques, confundidos entre los árboles, a los yoguis, hombres consumidos por la contemplación, sumidos en éxtasis, a quienes la continuidad estática había convertido casi en un árbol más sobre sus hombros hablan anidados los pájaros, tal era su resignación vegetal, tal su humana mansedumbre. Debajo del cielo, confundido, inmenso en la naturaleza, el poeta puede estar simbolizado por ese hombre árbol. Sobre los hombros del poeta anidan también los pájaros; con los brazos abiertos ante la creación el poeta se abre a todas las cosas se ofrece íntegramente sin ofrecer resistencia a nada, quedándose vacío y quieto para que todas las criaturas aniden en él».

Aún es tiempo para que el canto de los poetas pueda oírse confundido entre el canto de los pájaros. Todavía es posible la aurora —*De la aurora* es justamente el título de su último libro—, porque el hombre es siempre amanecer, o, como ella dice, «el ser del hombre también siempre alborea». Lo cual es tanto como estar en realidad, vivir la realidad, porque «la realidad es camino..., lugar de descubrimiento, trato y encuentro».

La filosofía de Zambrano no cambia las cosas, solo nuestra manera de verlas, nuestra forma de mirar. Y también una manera nueva de expresar eso que vemos, haciendo que brote la palabra que nos descubra su sentido. «Allá en el fondo del alma se espera que todo lo creado o que todo lo que es natural tenga una palabra que dar, sus *logos* recóndito o celosamente guardado».

Sin duda alguna la filosofía zambraniana es una fenomenología, pero no al estilo de Husserl, sino de Heidegger, cuya influencia se percibe de inmediato cuando entra en contacto con su obra. Es una síntesis muy lograda del pensamiento europeo contemporáneo y del sentir profundo de nuestro pueblo. Nuestros grandes pensadores —Ortega, Unamuno, Machado— y nuestros místicos —San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Miguel de Molinos— dialogan con Heidegger y Husserl a través de la

palabra de María Zambrano. Nadie que esté dotado de mínimo de sensibilidad y de inquietud filosófica puede hoy pasar de largo ante este pensamiento robusto y sugerente.

La filosofía desconocida de María Zambrano

Juñ., 10 de octubre 1978. p. 7.

1978

El próximo día 11 un alumno de la Facultad de Filosofía y Letras de Málaga defenderá una tesis de licenciatura sobre el pensamiento de un filósofo malagueño de nuestros días, María Zambrano.

Es penoso constatar que aquí, como tantas otras veces, se ha cumplido el adagio de que nadie es profeta en su propia tierra.

La verdad es que María Zambrano, más conocida fuera de España que entre nosotros, bien merece que alguien le dedicara al fin un serio estudio. El profesor Aranguren se quejaba hace tiempo del divido injustificado en que los filósofos españoles tenemos a esta mujer de talla más que suficiente como para figurar con pleno derecho en la Historia de la Filosofía.

«Si los escritores españoles —nos dice— no fuéramos tan duros y tan indiferentes los unos para los otros, si de verdad nos importara lo que los demás hacen por su valor objetivo y no para elogiarlos porque son amigos nuestros o, al revés, para denotarlos porque no pertenecen a nuestro grupo, hace tiempo que alguien habría estudiado, como se merece, la obra de María Zambrano».

Quien se adentra en su estudio queda fascinado irresistiblemente por la erudición de esta mujer admirable, por su valiente y original enfoque de la filosofía, por su pluma ágil, sugestiva y brillante. «Si María Zambrano hubiera callado —nos dirá el mismo Aranguren— algo profundo y esencial habría fallado, quizá para siempre, a la palabra española».

María Zambrano nació en Vélez-Málaga en 1897, hija de maestros; estudió en Madrid con Ortega y Gasset con el que fue profesora ayudante; tras la guerra civil española y creyéndose comprometida porque su padre, Blas Zambrano, íntimo amigo de A. Machado, había sido un militante activo y destacado de la Agrupación Socialista Obrera, se exilió voluntariamente.

Ha sido profesora de la Universidad de La Habana de Moravia, y de San Juan de Puerto Rico. En 1933 la vemos en Roma, luego en París, donde conoce filósofos como Cioran.

Ha publicado numerosas obras entre las que

Europa» (1945), «Hacia un saber sobre el alma» (1950), «El hombre y lo divino» (1955), «España, sueño y verdad» (1965), «El sueño creador» (1965), «Los intelectuales en el drama de España» (1977), «Claros del bosque» (1978), además de innumerables trabajos en publicaciones periódicas.

Recientemente, a partir de 1971, la editorial Aguilar ha comenzado la publicación de sus «Obras reunidas», de las que hasta el momento solo han visto la luz el primer tomo.

El pensamiento de María Zambrano podríamos incluirlo dentro del movimiento existencialista. Aranguren la llama «un Heidegger con acento español». Pero se trata de un existencialismo de características muy especiales. Justamente, un existencialismo más de forma que de fondo, más metodológico que de contenido. El existencialismo es en ella, como en Heidegger, el punto de arranque para la construcción de una ontología. El ser solo puede ser estudiado desde el hombre, desde donde el ser es visto —podríamos decir— desde dentro. Somos seres privilegiados ya que además de la cualidad trascendental del ser, que nos es común con todos los seres del universo, nos es dado el conocer nuestro ser.

Por ello estamos situados en una postura de privilegio para el estudio del ser, de todo ser. Acreditadamente y como comienzo para una investigación posterior, Antonio Dolbas ha dedicado dos años al estudio del humanismo de María Zambrano. El estudio del hombre es requisito y pieza clave para comprender el pensamiento completo de esta filósofa.

Por ello que el pensamiento de María se nos presenta como una especie de humanismo, pero un humanismo que no intente trascender al hombre mismo, se torna como diría Caldeira, el infierno del hombre es encontrarse a solas consigo mismo. Por eso María Zambrano se pregunta «¿descorriera, tal vez, que lo humano no sea la mejor medida para lo humano? ¿No estamos frente a un conflicto, el más hondo de nuestra época humanística? ¿Podemos decirnos, como el más obstinado intento moderno, solamente en relación con lo humano?». Ella piensa que no. El carácter intem-

plado de María. Un ver que nada viera, ¿qué clase de ver sería? El hombre, por su propia esencia, como ser que es haciéndose, y se hace reflejándose en lo que no es el mismo, exige por necesidad metafísica su propia trascendencia.

Por ello correctamente Antonio Dolbas llama al humanismo de María Zambrano un humanismo «trascendental». El hombre es en tanto en cuanto sale de sí mismo y se busca en sí mismo en «lo otro».

Tres líneas de intencionalidad destaca María Zambrano y Antonio Dolbas estudia en su tesis el reencuentro del hombre consigo mismo —la toma de posición de sí como objeto de mi reflexión—, la búsqueda de mi mismidad en la coincidencia con mi destino que me es impuesto desde la «lejanía» (?) del proyecto divino y el ser yo mismo en diálogo y lucha con los «otros», iguales que yo y en los que únicamente consigo retorno a mí mismo desde fuera de mí, que es la única manera de poderme ver. Los «otros» no son solo más semejantes humanos, «cortos aire de familia» que es sencillamente el ser.

Y de aquí que de su humanismo existencialista emerjan las tres realidades que Descartes destacara como objeto de la metafísica: yo, mundo, Dios.

De esta forma su existencialismo es solo camino abierto hacia el estudio del ser, una nueva metodología para abrirse paso hacia una nueva ontología, y con ella hacia una nueva época de esplendor de la filosofía misma.

Ojalá que este estudio de Dolbas despierte el interés de nuevos estudios sobre el pensamiento de María Zambrano y, al fin, los filósofos españoles nos libremos del ensimismo de monopolizar nuestros paisanos solo por serlos y aceptar bobalicamente con admiración de principiantes el pensamiento de los extranjeros solo por el hecho de llamarse con nombres extraños a nuestra fonética.

Análisis fue con de grandes pensadores, y lo es aún si sabemos tener ojos para ver, y estudiar los que piensan muy próximos a nosotros.

Primer artículo de Juan Fernando Ortega Muñoz publicado en prensa, 1978

Texto 7

María Zambrano, señora de la palabra

Publicado en XII ABC Literario 26 de noviembre de 1988

Entre los pensadores españoles actuales es, sin duda alguna, María Zambrano la más original y representativa de nuestro momento actual. No solo por su expresión depurada y sugerente, sino, además, por el calado metafísico de su reflexión filosófica. Discípula de Ortega y de Zubiri, al que sustituye en sus clases mientras este permanece haciendo unos cursos en Alemania, Zambrano lo supera por su estilo más poético y más vinculado a la tradición cultural de nuestro país. En ella encontramos un intento de retomar la tradición filosófica soterrada, que, como un Guadiana, advertimos en el subsuelo de nuestros literatos, y hacerla aflorar en la reflexión analítica de un pensamiento filosófico coherente. Desde sus primeros escritos intenta suturar la escisión producida en el pensamiento occidental entre poesía y filosofía que parte ya desde los griegos con una razón poética superadora del racionalismo imperante en la filosofía moderna.

La razón, en sus manos, se torna más próxima, más compleja, más real, más abierta a todas las manifestaciones de lo humano. No es una razón dominadora que intenta imponerse a la vida, sino una voz sumisa a la llamada del ser que emerge y alborea de continuo porque el hombre mismo en un «alba cuajada», un ser al filo de la aurora que esta de continuo naciendo a una claridad que no alcanza jamás, un ser que, por esencia, está llamado a trascenderse, a superarse a permanecer, sin embargo, encadenado como Prometeo, en esa línea de penumbra a un paso entre la noche que queda a nuestras espaldas y la claridad que se nos ofrece como una promesa. En ella se supera ese

extraño desdoblamiento del conocer como sentir y pensar, alcanzándose la unidad del —sentir iluminante— del sentir que es directamente, inmediatamente, conocimiento sin mediación alguna. El conocimiento puro que nace en la intimidad del ser, que lo abre y lo trasciende. «Ser iluminante» que será lo que expresa, asimismo, Zubiri en su «inteligencia sentiente». Solo gracias a ese «sentir iluminante» le es posible al hombre alcanzar el ser. «Desde siempre —nos dice Zambrano— el ser ha estado escondido y por ello se ha preguntado el hombre a sí mismo acerca de él y ha preguntado ¿habría sido así acaso si el, el ser humano, no hubiera sentido en sí, dentro de sí un ser, el suyo escondido?». Y continúa más adelante: «Y así el conocimiento que busca nace del anhelo de darse a conocer que acompañara siempre a las formas más objetivamente logradas del conocimiento». Con ello el «sentir iluminante» se torna un método nuevo que se hace cargo de todas las zonas de la vida. «Y, todavía más, de los agazapados por avasallados desde siempre por nacientes». Y recoge campos que la filosofía ha considerado tradicionalmente ajenos y frecuentemente hostiles como son, entre otros, la mística y la poesía y que, además, alcanza a ponernos en contacto directo con lo que el puro raciocinio desespera alcanzar. «Y así —nos dice—, aquel que distraídamente se salió un día de las aulas acaba encontrándose por puro presentimiento recorriendo bosques de claro en claro tras el maestro que nunca se lo dio a ver, el único, el que pide ser seguido y luego se esconde detrás de la claridad».

Por otra parte, el pensamiento zambraniano intenta superar un montanismo que ha dominado la filosofía occidental desde Descartes, que establece un abismo entre la idea clara y distinta y lo no evidente, que es rechazado como falso. Zambrano nos hace ver los claroscuros, esa zona inmensa de penumbra donde el hombre se encuentra inmerso, donde afloran, como en el

análisis psicoanalítico, experiencias olvidadas de una transmisión que no por menos advertida es menos operante. Ella intenta descender a esos «ínferos» del alma donde hunde sus raíces toda la explicación teórica, sacarlos a la luz de la conciencia en una especie de fenomenología de la forma sueño.

El hombre de nuestros días —piensa Zambrano— es un ser disperso, extrovertido, abonado y, por ello mismo, un ser que ha perdido su propio sentido, y consecuentemente, un ser angustiado, ya que «sobreviene la angustia cuando se pierde el centro». Recuperar ese centro perdido va a ser la tara de la más bella y personal de sus obras. *Claros del bosque*, que no está distante de otra de sus obras, sin duda la más filosófica y analítica. «El hombre y lo divino», obra que, como ella reconoce, constituye los vestigios salvados de un naufragio de una obra que intentó escribir y que nunca vio la luz, que trataba de la fenomenología del cristianismo.

Si cada época —dice Zambrano— se justifica ante la historia por el encuentro de una verdad que alcanza claridad en ella, la época actual se justifica por el encuentro con el hombre como persona. La última obra reeditada de María Zambrano, *Persona y democracia*, hace referencia justamente a ello. La persona se constituye en ella como el eje o la meta a la que toda su reflexión va dirigida desde el comienzo. Realidad personal que limita e implica mi propia existencia con la alteridad absoluta de Dios, con la alteridad de los otros yo, al fin, con la alteridad de las cosas, unas coordenadas que se constriñen y al mismo tiempo posibilitan mi ser personal.

Es el pensamiento de María Zambrano un saber iniciático que trasciende la filosofía agónica de Miguel Unamuno, que se contorsiona entre la «lógica» y la «cardíaca» y que influye de manera tangible en ella por vía de una superación poética que linda con los confines de la mística. «El amor —escribe— debe

ser la búsqueda, el adentrarse más allá de la conciencia en el mundo del sueño, acercarse cogidos de la mano a las puertas del jardín inexorablemente amurallado y solo entreabierto; un instante en que se rebosa de certidumbre, en que la duda aparece abolida para siempre, en que se viaja hacia dentro del ser, ese secreto intacto en que nada transcurre... Por eso parece eterno, según proclaman los tópicos, porque cree lograr la apertura, al fin, de aquel centro del «ser» no nacido».

Por último es realmente admirable de Zambrano el que expresa un pensamiento profundo en una bella forma literaria. No sin razón afirmaría Ortega que en todos los idiomas han sido los místicos los grandes maestros de la palabra. De ella se podría decir como muchos años antes afirmara Judá Alevi, de otro filósofo malagueño, Avicibrón, que puede con justicia llamársele «señora de la palabra».

Texto 8

María Zambrano, señora de la palabra

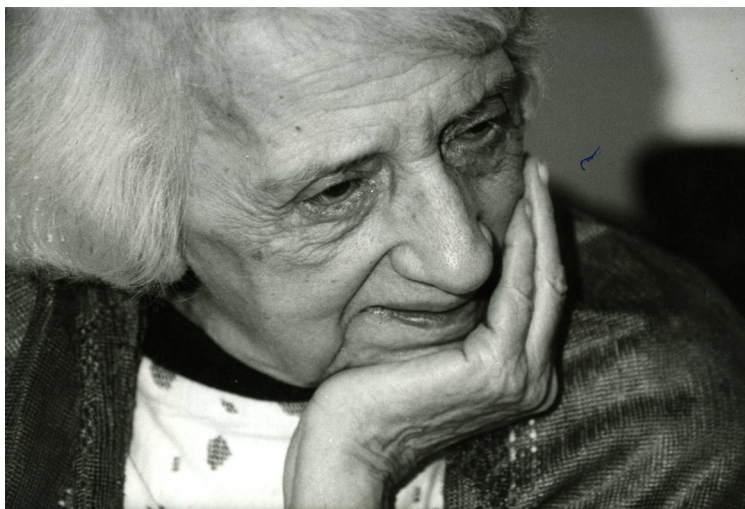
Somos propensos a analizar el pensamiento de los filósofos prescindiendo de sus circunstancias vitales, de la calidad palpitation del ser humano que hay tras ese pensamiento. Pero esto, si en todo pensador es un desentrañamiento, un robarle la entraña a una razón apasionada, como definiera Aristóteles al hombre en su *Metafísica*, en María Zambrano se nos torna un contrasentido, ya que su filosofía es un intento de entrañamiento de un saber tan abstracto como el filosófico. En ella ser y pensar se complementan y exigen.

¿Cómo era María Zambrano? Yo tuve la suerte de disfrutar de su amistad y es posible que mis recuerdos de ella estén condicionados por esta, pero hay momentos que los tengo especialmente grabados en mi memoria. Uno de estos fue una tarde de otoño en su casa de Calle Antonio Maura, 4, de Madrid. María Zambrano se encontraba contenta. Estábamos sentados en el sofá. Por la puerta abierta del balcón se veía languidecer suavemente el cálido otoño madrileño. Los vencejos y las golondrinas revoloteaban rayando el cielo azul. Ella vestía un traje beige. Era muy femenina y un tanto coqueta. Permanecía erguida en su asiento, aunque a todas luces se advertía que le costaba esfuerzo conservar esta postura. Su pelo blanco estaba cuidadosamente peinado. Fumaba cigarrillos rubios en una larga boquilla, de los que se desprendía de vez en cuando la ceniza que caía sobre su falda y que ella sacudía con mano displicente. Se deleitaba viendo las espirales de humo que salían del cigarrillo.

Estábamos preparando su doctorado *honoris causa* por la Universidad de Málaga. A ella le preocupaba el atuendo que debería llevar en ese momento solemne. Sin solución de

continuidad, aquella «patinadora vandálica», como la calificaba Fernando Arrabal, se sumergía con toda naturalidad en los más profundos problemas metafísicos. Me decía que todo filósofo que no sentía alegría en el desarrollo del pensamiento no era un verdadero filósofo. «La filosofía debe conducir a la alegría», afirmaba.

Ella se burlaba irónicamente, pero con una gran delicadeza, de aquellos filósofos formalistas, enjutos y serios de saber oscuro y pensamiento enrevesado. Defendía con su maestro Ortega la claridad del pensamiento como condición indispensable de toda filosofía. Su conservación era ágil, cordial y a un tiempo poética y profunda. Recuerdo haber salido de su casa aquella tarde muy impresionado. Ella era así.



María Zambrano, poco después de su regreso a España
Fundación María Zambrano

Texto 9

María Zambrano, la mirada permanente

Publicado en El Mundo de Málaga el 28 de noviembre de 2008

«Revolucionaria ante los valores de su tiempo».

«Defendió la igualdad en unas sociedad patriarcal, y la democracia frente a una política corrupta».

Es el carácter autonómico de la filosofía racionalista, su orgullo y soledad.

María Zambrano llama a la filosofía de la Modernidad «metafísica de creación» porque el hombre «pretendió —nos dice Zambrano— edificar el universo puramente con el pensamiento», olvidándose que el hombre tiene también sentimiento, pasiones y emociones. Por eso nos dice que el hombre se ensoberbeció hasta el delirio, al punto de la negación de todo «lo dado» previo a su conocimiento racional. El racionalismo va a construir un mundo «virtual», donde se instala cómodamente, mundo de ensueño desde su mirada totalizadora y dominadora, un mundo de fantasía idealista creado por un hombre que cree ingenuamente saberlo todo y poder dominarlo todo. Pero «cuando el hombre y las cosas tienen un ser desligado, que se cree bastarse a sí mismo, entonces se convierten en meros hechos y la filosofía desaparece». ¿No estamos viviendo en nuestro momento por causa de un racionalismo frustrante y de un cientificismo prepotente una debilitación y olvido de la filosofía, de los problemas más inquietantes del ser humano? ¿No nos hemos olvidado del hombre, de la persona, que es, según ella, el sentido de la historia toda?

En el prólogo de la primera edición de la *Crítica de la razón pura*, Kant, después de recordarnos que «hubo un tiempo en que la metafísica recibía el nombre de reina de todas las ciencias y, si se toma el deseo por la realidad, bien merecía este honroso título, dada la importancia primaria de su objeto», parece burlarse de sus pretensiones de nobleza cuando descubre que «el origen de la supuesta reina se encontró en la plebeya experiencia común». Para Aristóteles, por el contrario, es justamente ello en lo que consiste su grandeza y su fuerza. Todos los demás saberes serán mediatos y condicionados por la metafísica, mientras que esta es una pregunta que espontáneamente se hacen los que por primera vez se acercan a la figura de María Zambrano es ¿qué ha hecho esta mujer para que su nombre esté de tanta actualidad? ¿Es filósofa, poeta, política, literata? Cuando leemos sus libros nos damos cuenta que todas estas facetas se funden en su obra. «La vocación filosófica —escribe la filósofa veleña— absorbe dentro de sí toda otra: la poética, la política, y otras más que pudieran descubrirse en la biografía de un filósofo». Galardonada con los premios Príncipe Asturias, y el Cervantes, los dos galardones de más prestigio en nuestro país, hija predilecta de Asturias y de Andalucía, doctora *honoris causa* por la Universidad de Málaga, titular de más de un centenar de instituciones, calles, monumentos, sociedades femeninas, centros de estudio, etc., en cuyo centenario del nacimiento se celebraron más de 40 congresos en todo el mundo para estudiarla, desde Estados Unidos hasta Rumania, pasando por Cuba, Chile, Argentina, México, Francia, Italia y España, etc. el filósofo y literato francés Camus consideraba que la obra de María Zambrano, *El hombre y lo divino*, fue la obra cumbre del siglo xx, y Cioran solo pudo entrevistarse con ella una tarde y la conversación duró hasta bien entrada la madrugada, y aquella jornada fue inolvidable para él. Por su parte, el poeta Emilio Prados la consideraba como la

ideóloga de la Generación del 27. María Zambrano fue mujer de frontera, situada en la encrucijada entre dos mundos: el de la Modernidad y el de la Actualidad. Entre el Racionalismo y el Realismo moderno, vivió intensamente ese cambio sangriento que supuso la guerra civil española y la segunda guerra mundial, cambió de una sociedad patriarcal a una sociedad paritaria, de una sociedad confesional —aunque esa confesionalidad fuera la del ateísmo— a una sociedad sin ideologías militantes, una sociedad, como dijera Ortega, «invertebrada», porque en definitiva lo que vertebraba a una sociedad son las ideas o quizás más exactamente «las creencias».

María Zambrano fue revolucionaria en el mejor sentido de la palabra, porque no captó los esquemas de pensamiento y la tabla de valores de su momento histórico. Frente a una sociedad patriarcal, defiende la igualdad entre hombre y mujer; frente a una política corrupta, defiende los valores de una democracia participativa; frente a la desvalorización del individuo, defiende el valor hegemónico de la persona; frente a una filosofía soberbia y racionalista, va a establecer su célebre filosofía de la razón poética. En el mundo turbulento y desorientado de la segunda República Española se decide a crear su propio Partido Político. Quizá la primera mujer en la historia que se atreve a semejante empresa.

Unamuno se rebelaba contra la ensoberbecida cultura moderna. «Cada día —escribe— me parece más petulante, más necia, más transitoria y más vacía eso que llaman civilización moderna» Y Ortega y Gasset nos dirá «que nuestra época necesita, desea, superar la modernidad [...] es la gran tarea intelectual, la alta misión histórica de nuestra época, el tema de nuestro tiempo». Por su parte, Zubiri escribirá: «El haber sustantivo tres o cuatro cosas caracteriza la filosofía desde los tiempos de Descartes. Un marco que es menester hacer saltar

por sus cuatro costados». Pero la más radical de las críticas al racionalismo en su época es, sin duda, María Zambrano. Ella achaca a la filosofía de la Modernidad el ser la causa del agnosticismo en lo religioso, del escepticismo en lo filosófico y, en lo político, del despotismo y de los regímenes dictatoriales, de los campos de concentración, y de la esclavitud y el desprecio de la persona. María Zambrano está convencida de que «la cultura moderna [...] ha terminado ya, en la medida en que algo que ha sido puede terminar. Ha fracasado y en su fracaso esta nuestro dolor, porque al fin hemos crecido en ella».

María Zambrano marca en este punto una frontera: frente a la ensoberbecida filosofía racionalista que no admite más verdad que la fraguada con el propio esfuerzo, establece que hay verdades anteriores y fundamentales que nos posibilitan incluso nuestro propio razonar. De aquí su método de la razón poética, en donde lo poético indica dos cosas: que hay verdades intuitivas anteriores a la razón discursiva, aquellas verdades del corazón de que habla Pascal, y que para expresarlas necesitamos del arte poético de su expresión con la palabra. La filosofía Moderna supuso una ruptura con la metafísica tradicional que desde Aristóteles, el fundador de esta disciplina, es la síntesis de intuición y razonamiento. «Algunos por ignorancia —nos dice Aristóteles— exigen que todo se demuestre; es ignorancia, en efecto, no conocer de qué cosas se debe buscar demostración y de qué cosas no, pues es imposible que haya demostración absolutamente de todas las cosas».

Primera y fundamental, y, por ello, mismo más segura y evidente, Zambrano critica esa orgullosa pretensión de autonomía del racionalista Kant: «Humanidad autónoma, moral autónoma. Moral que Kant formulo en su oscura celda de Koënisberg en el siglo de las luces, embriagado de razón, a quien proclamaban diosa en aquellos momentos. Embriaguez de razón, embriaguez

de lo humano, proclamación del hombre como rey de la vida. En filosofía, entre libros y papeles, en angosta celda, por un sabio de raquílica humanidad, con disecados apotegmas». «El sentido liberal de la vida reacciono en la esfera moral ante todo, cortando las amarras con lo alto, relegando, más que por verdadera creencia, por exigencia lógica, con su punto de partida, toda revelación, toda moral religiosa, todo imperativo basado en el más allá». De aquellos polvos de un racionalismo ensoberbecido, estos lodos de un liberalismo extremo que no admite más norma que su libertad. Es el momento de la exaltación del género, de la raza, del color de la piel, del poder sin fronteras. Se olvida el derecho natural y cualquier norma que yo mismo no me imponga. La ética se torna moral. La política imperialismo, dictadura.

Frente a esta ensoberbecida postura de los poderes políticos y económicos, María Zambrano establece la suprema dignidad de la persona, «nuestra íntima, única verdad». «Aunque lenta y trabajosamente se ha ido abriendo paso esta revelación de la persona humana, de que constituye no solo el valor más alto, sino la finalidad de la historia misma. De que el día venturoso en que todos los hombres hayan llegado a vivir plenamente como personas, en una sociedad que sea su receptáculo, su medio adecuado, el hombre habrá encontrado su casa, su “lugar natural” en el universo». Ese «medio adecuado» de que habla Zambrano es la democracia, pero una auténtica democracia. «Si hubiera que definir la democracia —nos dice— podría hacerse diciendo que es la sociedad en la cual no solo es permitido, sino exigido, el ser persona».

Los escritos hasta ahora realizados sobre la filósofa veleña se deslizan por la periferia de su temática fundamental, la metafísica. A ello se presta la belleza misma de sus escritos. Podemos pasear por ellos disfrutando de su expresión poética sin advertir el profundo calado metafísico de su subsuelo rocoso y

la radicalidad de sus planteamientos. Es el suyo un pensamiento, vigoroso, joven, renovador, revolucionario en una expresión literaria sugerente y espléndida.

Zambrano está convencida de que la crisis de nuestro tiempo supone un cambio radical en el pensamiento de occidente, de que la filosófica de la Modernidad se ha tornado caduca e inservible para el hombre de hoy, de que el mundo se está abriendo, dando a luz, una nueva cosmovisión. «Una concepción nueva de la vida se gesta». Profetiza como inminente una nueva metafísica que supere el idealismo racionalista y que nos vincule con la experiencia, pero una experiencia «vivencial», que abarque todo aquello que percibimos y sentimos.

La total visión interna de la realidad, el ser que es al pensarse y pensándose y desde el nada tendría sombra. Y si me colocara en su luz, sin tener pretensiones propias, si me redujese como individuo, fiel a mi vivencia, entonces haría de ella quizá una «experiencia», una verdadera experiencia de esas de donde proviene el conocimiento...

«Frente a los poderes políticos y económicos, establece como única verdad la dignidad de la persona».

Texto 10

Vidas paralelas

Publicado en La Tribuna Malagueña el 26 de noviembre de 2008

Celebramos el décimo aniversario del Premio María Zambrano, que fue concedido el pasado lunes a Emilio Lledó, justamente como en aquella ocasión, en el Centro del Exilio de la Fundación María Zambrano. Con anterioridad recibieron este reconocimiento de la Conserjería de Cultura de la Junta de Andalucía Marta Soledad Carrasco Urgoiti (1998), Carlos Castilla del Pino (2000), Antonio Domínguez Ortiz (2002), Adolfo Sánchez Vázquez (2004) e Iris María Zavala (2006).

Aunque este año el galardón al que da nombre la insigne pensadora veleña no está dedicado al estudio de su pensamiento, sino a una personalidad que se distingue y sobresale por una vida consagrada al mundo de la cultura, hay, sin embargo, interesantes coincidencias entre la pensadora veleña y el premiado en el presente año al que queremos destacar aquí.

Ambos son andaluces: María Zambrano nacida en Vélez-Málaga el 25 de abril de 1904, Emilio Lledó, en Sevilla el 5 de noviembre de 1927. Ambos, por el traslado de sus padres, se vieron obligados a abandonar Andalucía siendo aún muy niños, a los cinco años Zambrano, a los seis años Emilio Lledó. Hay además en su formación infantil un maestro coincidente Miguel de Cervantes, Emilio Lledó siempre recordó con cariño aquel maestro de su infancia. D. Francisco, de Vicálvaro, que solía leerles a él y sus compañeros pasajes del Quijote, como a María Zambrano su padre, don Blas, acostumbraba a leerle cada noche un pasaje de esta obra genial, que ella califica como la Biblia de la cultura española.

Ambos pasaron su juventud en Madrid, donde hicieron sus estudios de Filosofía en la Universidad Complutense, es verdad, que con más de veinte años de diferencia y en circunstancias muy diversas, María Zambrano en tiempo de la República, Emilio Lledó durante la dictadura del general Franco. Siendo muy joven alguien regaló al filósofo sevillano el libro de María Zambrano *El pensamiento vivo de Séneca*, publicado en Buenos Aires en 1944, que Emilio Lledó leyó con avidez y va a determinar en gran medida su orientación filosófica. Ambos fueron profesores ayudantes de la Universidad Complutense: María Zambrano con Ortega y Gasset, que le dirigió su tesis sobre Spinoza, interrumpida por la Guerra Civil, y Emilio Lledó con Montero Díaz, que fue su director de la tesis *El concepto de poiesis en la filosofía griega*. Y justamente aquí se da el tema fundamental de coincidencia: porque la *poiesis* es para ambos el punto de arranque para la recuperación y renovación de la filosofía, que lleva a Emilio Lledó a su interpretación hermenéutica del saber filosófico y a María Zambrano a su método de la razón poética, con el que intenta superar el racionalismo, que condujo, según ella nos dice, al agnosticismo en lo religioso, al escepticismo en lo filosófico y al despotismo y a los campos de concentración en lo político. Porque el método de la razón poética no trata de un simple diálogo entre literatos y filósofos, sino del convencimiento de que la razón discursiva no es suficiente para hacer filosofía, porque, como decía Goya, la razón descarnada, autónoma, construye monstruos. No es posible un saber autónomo, como dijera Ortega, sino que la filosofía es un saber «encarnado», esto es condicionado por la *poiesis*. El método de la «razón-poética» zambraniano es sin duda «razón», razón discursiva, *episteme*, como la llamo Aristóteles, pero es también inspiración y creación con la palabra, *poiesis*, según el testimonio de Platón en su obra del Ion. Ambos pusieron sus ojos en la filosofía griega en un intento

de un Renacimiento de este saber: Se conserva en la Fundación María Zambrano un breve escrito de la filosofía veleña que titula «Un proyecto de metafísica a partir de Aristóteles». En su magnífica introducción a la traducción de los diálogos platónicos de la editorial Gredos. Lledó nos dice que «la filosofía para Platón es el camino para la filosofía», que se da justamente en el diálogo.

Él parte de ese carácter dialógico del saber filosófico para plantearse un nuevo renacer de la filosofía misma. Punto también de coincidencia es el aprecio y valoración de ambos por la literatura como instrumento de cultura y desarrollo de la sociedad moderna. Emilio Lledó escribe en un texto publicitado en *El País* y titulado «Necesidad de la Literatura»:

Los individuos que componen esta sociedad no pueden ser personas, seres autónomos y reales, si no tienen posibilidad de desarrollar su propio pensamiento, por muy modesto que sea, un pensamiento que solo se nutre de libertad. La lectura, los libros, son el más asombroso principio de libertad y fraternidad. Un horizonte de alegría, de luz reflejada y escudriñadora que nos deja presentir la salvación, la ilustración, frente al trivial espacio de lo ya sabido, de las aberraciones mentales a las que acoplamos el inmenso andamiaje de noticias, siempre las mismas, porque es siempre el mismo nuestro apelmazado cerebro.

Quiero terminar con este luminoso texto de María Zambrano:

Abandonada a sí misma la inteligencia se consume en meros juegos sin trascendencia que al fin acaban en tristísima ruina humana. Solo se justifica y vivifica la inteligencia cuando por sus palabras corre la sangre de una realidad verdadera. Solo la verdad es siempre cosa para todos los hombres [...]

La verdad se muestra al pueblo reunido, cuya voz suena terrible para oídos desacostumbrados. Es hora ya de que el intelectual escuche esta voz y la haga inteligible, actual e inviolable; es hora de que renuncie a la alevosa e hipócrita libertad burguesa para servir a la verdadera libertad humana, que solo es posible desenmascarando hasta lo último los restos inservibles de un pasado que no quiere pasar y acepte, alumbrándola, esta verdad que solo al pueblo puesto en pie se muestra.

Texto 11

25 años después

Publicado en Diario Sur el 28 de noviembre de 2008

Lejos de caer en el olvido, el reconocimiento de la pensadora veleña ha aumentado de forma evidente y espectacular

Lo ordinario es que veinticinco años sean suficientes para dejar a muchos pensadores en el olvido, pero la filósofa veleña María Zambrano ha aumentado, por el contrario, su reconocimiento de forma evidente y espectacular. En la actualidad su obra está traducida a todos los idiomas cultos occidentales y últimamente se ha comenzado a traducir al árabe y hay una oferta para traducida al japonés. El año del aniversario de su nacimiento (2004) se celebraron cuarenta congresos internacionales desde México a Rumanía, pasando por Francia, Italia, Alemania, Portugal, etc., lo que no ha ocurrido con filósofos y literatos españoles de los últimos tiempos. En la actualidad son incontables los centros: Institutos, colegios, asociaciones, especialmente de mujeres, hasta mercados y lugares de transporte, como es el caso de la estación de Málaga, que han decidido adoptar su nombre para identificarse.

No ha sido ajena a este reconociendo la Fundación que lleva su nombre, que ha organizado hasta el momento cinco congresos sobre su vida y obra en Vélez-Málaga y seis encuentros internacionales en diferentes ciudades vinculadas a ella por su presencia o sus publicaciones: La Habana, Morelia (México), Roma, Santiago de Chile, San Juan (Puerto Rico) y Buenos Aires, además de numerosas exposiciones y conferencias por las más importantes ciudades de nuestro entorno.

Son numerosos los investigadores que acuden diariamente a consultar sus obras y manuscritos a la fundación o que reclaman desde diversos lugares información y copias de sus originales.

El pensamiento de María Zambrano es, sin duda, la filosofía más original y novedosa de los últimos tiempos en España y la más reconocida fuera de nuestra patria. Es un pensamiento nuevo que se nos presenta como el comienzo de una nueva era en la historia de la filosofía, más próxima al mundo de nuestras apetencias, sentimientos y mentalidad.



Juan Fernando Ortega Muñoz con María Zambrano

Texto 12

María Zambrano, un imposible olvido

La noticia de la exclusión de María Zambrano de los filósofos seleccionados para las pruebas de selectividad ha producido desconcierto e indignación en amplios sectores culturales. Caemos con ello en la vieja y deplorable tradición española de no querer reconocer la valía de nuestros pensadores, supervalorando extranjeros por el simple hecho de serlos.

Ya era un disparate que entre los autores seleccionados no figurara ninguno de los grandes filósofos de Al-Ándalus, como Averroes, Maimonides, Ibn Gabirol, etc., época en que nuestro país estuvo a la cabeza de la cultura y especialmente de la filosofía de todo Occidente. Pero cuando tras tantos años de mediocridad, con muy contadas excepciones, tenemos una pensadora de la talla de María Zambrano, reconocida internacionalmente como la más insigne filósofa de nuestro momento histórico y que además es española y andaluza, resulta de todas formas imposible de comprender esa exclusión. Además la filosofía de María Zambrano, concluido el ciclo de pensamiento del Racionalismo, nos abre a una nueva época más acorde con nuestros intereses y preocupaciones. ¿Será, acaso, el hecho de tratarse de una mujer o será que explicar un filósofo nuevo es más difícil que atenerse a la rutina de los filósofos tradicionales?

Fue la misma comisión la que, tras largas discusiones y sin duda con más acierto, decidió incluir a Zambrano en las pruebas de selectividad. ¿Es que aquellos profesores eran menos competentes y entendidos que los que la han excluido?

Una prueba del reconocimiento internacional de esta pensadora andaluza es, por ejemplo, el hecho de que con motivo del centenario de su nacimiento (1904) se celebraron

más de 40 congresos internacionales en Occidente, desde Rumanía a Estados Unidos, pasando por México, Argentina, Cuba, Italia, Francia, Portugal, España, etc. Sus obras están traducidas al francés, alemán, inglés, portugués, italiano... La publicación de tratados y estudios sobre esta pensadora son, sin duda, más numerosos hoy en nuestro país que los que se realizan sobre cualquier otro filósofo, como son numerosas también la tesis y tesinas que en la actualidad se realizan sobre ella.

En la Fundación María Zambrano vamos a presentar una protesta ante la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía y pedimos a cuantos quieran adherirse a ella se pongan en contacto con la Fundación María Zambrano, situada en el Palacio de Beniel, plaza Palacio, n.º 1 de Vélez-Málaga, C. P. 29700 o en la dirección de internet fmzambra@terra.es.

Texto 13

Una filosofía próxima a la razón poética

María Zambrano estaba convencida de que la crisis de nuestro tiempo supone un cambio radical en el pensamiento de Occidente. «La cultura “moderna”, todavía liberal y romántica, heredera de la larga tradición cultural grecocristiana, ha terminado ya». Ella piensa haber alcanzado superación del racionalismo volviendo los ojos al hombre, a la persona, ser indigente —mendigo de ser, conocimiento y amor— y reclamando una razón femenina que renuncia humildemente a la coacción en el conocer y se deja poseer por la verdad, le sale al encuentro sin violentarla allí donde alborea, cuando surge de la noche de los «ínferos» del alma y se abre a la luz gracias a la palabra, una «razón poética». Con ello el hombre recupera la extensa gama de claroscuros y reintegra a la unidad del conocimiento los saberes erráticos, proscritos por el racionalismo, pero que constituyen «la unidad humana hace tiempo perdida en la cultura europea».

El camino del pensar zambraniano sigue el problema de la emergencia de lo sagrado en lo divino. «Lo sagrado» es ese «fondo último de la realidad» en que todo se sustenta y cobra sentido, del que todo arranca y al que todo retorna. «Lo divino» es la forma en que el hombre capta o define esa realidad que está ahí incuestionable y absolutamente presente. En su obra *El hombre y lo divino*, Zambrano hace un análisis histórico-fenomenológico de las diferentes manifestaciones de lo sagrado en la cultura de Occidente: como poder dominador, en forma de imagen, como idea de ideas, Dios creador y del amor. La última revelación de lo sagrado es la nada, como enmascaramiento de lo divino que ahora se nos muestra en su negatividad. El ateísmo se nos manifiesta así como la tarea también sagrada de depurar

un esquema de manifestación de lo divino, para dar paso a una nueva y superior manifestación, ya que «Dios siempre está naciendo en la comunidad de los hombres».

Ha sido una constante en el pensamiento de Zambrano su obsesiva preocupación por encontrar el sentido múltiple y, al mismo tiempo, único de la palabra, sus raíces ocultas que velan y desvelan a un tiempo un misterio profundo. Esta es la temática de dos obras fundamentales de Zambrano: *Claros del bosque* y *De la aurora*. Allí vemos matizarse la palabra en la polisemia significativa más variada. Allí nos hundimos en su lejano origen y la acompañamos en su emergente y estremecido germinar, cuando solo es promesa, apenas leve eco del corazón. La palabra que expresa la identidad profunda de cada cosa coincide con su sustancia, «quizá sustancia y esencia sin discernir», simiente fecunda, «pensamiento divino en cada criatura».

En su fenomenología de la forma-sueño, Zambrano se aventura a adentrarse en esa zona de penumbra donde alborea la conciencia, ya que es en esa zona justamente —los «ínferos del alma»— donde hunden sus raíces las últimas y fundamentales razones determinantes de mi persona, en un intento de desentrañar —porque todo se es una entraña— el ser del hombre desde la conciencia y para la conciencia. El hombre, al abrirse al horizonte humano de la conciencia y la libertad, camina cargado del bagaje inconsciente de su «sueño primitivo», es semejante a un palimpsesto bajo cuya escritura, aquella que realiza al vivir, figuran las huellas de una larga letanía de escrituras pasadas, como lejanos ecos de un ayer cargado de resonancias. «Todos los «ínferos» conocidos del hombre lo son absolutamente en tanto que son prehistoria y profética anticipación».

Zambrano está convencida de que en cada individuo «están presentes y vivos» los sucesos decisivos de la historia. Pero la vida humana no es solo un eco del ayer, sino que «existe el destino,

la ley que pesa sobre la persona y su libertad y que contiene su específica finalidad». Y el destino no se manifiesta a la conciencia de forma espontánea y clara, sino que hay que descifrarlo leyendo los grafismos, «verdadero alfabeto jeroglífico» de nuestro «intra-ser».

En su obra *Persona y democracia*, Zambrano manifiesta su convencimiento de que la persona constituye el sentido de la sociedad y de la historia. Pero la persona solo puede desarrollarse en una atmósfera de libertad. Llega a identificar el ser libre con el ser persona. Según ella, la democracia es el clima adecuado para el desarrollo de la persona, hasta el punto que «si hubiera de definir la democracia podría hacerse diciendo que es la sociedad en la cual no solo sea permitido, sino exigido ser persona».

Una de las obras más apasionantes de Zambrano es la que titula *Los intelectuales en el drama de España*. En ella intenta adentrarse en la intrahistoria, buscar el sentido del drama de España, analizar las raíces de nuestros problemas como única manera de encontrarles solución. Estudia las diversas fracturas de nuestro tejido social. Piensa que esa múltiple escisión, «esa dualidad trágica está motivada por su deficiente asimilación del pasado». Solo cuando nuestro país asuma su pasado en toda su integridad podremos encarar con optimismo nuestro destino común.

Zambrano une a su profundo pensamiento un estilo brillante, un léxico ajustado, un lenguaje fluido y sugerente, un dominio exacto de la palabra, que usa con maestría. Sus estudios sobre los géneros literarios, especialmente la «guía» y la «confesión», son ejemplares. Ella vincula su pensamiento a una doble coordenada, la tradición cultural española y los problemas del hombre de hoy. Esto da a sus escritos esa frescura y actualidad que le caracterizan.

Texto 14

La palabra viva

Cuando su voz se apaga en la noche parece brillar en toda su belleza la palabra luminosa y sugerente de María Zambrano. «Palabra portadora de libertad, bañada de luz: palabra de fresco verdor, llama, llama recién lavada», como escribió ella misma en Octavio Paz.

Era la suya una palabra al filo de la aurora, siempre atenta al emerger del ser de la placenta oscura de los «ínferos» del alma, convencida como estaba de que la verdad, como dijera Agustín, no hay que ir a buscarla fuera, donde el barullo de las imágenes nos distraen y dispersan, sino que anida, habita, en el interior del hombre.

En su itinerario siguiendo el recorrido del sol naciente —porque «Dios siempre está naciendo en la comunidad de los hombre»— Zambrano sigue el camino de la palabra.

El itinerario que he seguido —me escribía el 23 de abril de 1981 desde Ginebra— difiere en algunos tramos del suyo. Me refiero sobre todo a lo «sagrado», decisivo objetiva y personalmente. «La transformación de lo sagrado en lo divino»... sin ello no me hubiera sido posible la «superación» del racionalismo que usted encuentra. En mí no habría sido posible el emerger de la «pasividad» en sentido aristotélico, solo que más amplio, incluyendo el padecer del sufrir (la «impavidez» en lugar de la «impasibilidad» tradicional desde Grecia) y la «razón poética» se habría quedado en mera expresión errante. Muy nítidamente sigue usted el camino de la «palabra» y claro está que en *Hacia un saber sobre el alma* aletea ya más lo que tuve irresistiblemente presente: «Yo soy

el camino, la verdad y la vida», que creía yo que era cumplida expresión de la «razón vital», luego «histórica» y por último y escasamente, a mi parecer, «viviente». Mi desarrollo intelectual arrancó de la crítica que se me imponía e ella, en la que ya la superación del racionalismo estaba propuesta y a mi entender ya entonces en el acmé de Ortega, yo temblorosa estudiante, discípula, sí, como no dejare nunca de considerarme.

Fue la de Zambrano una filosofía que va a contrapelo de la corriente desacralizante de la sociedad, en la búsqueda obstinada de la sociedad, en la búsqueda obstinada de traspasar el muro de la razón lógica y positivista, intentando construir una metafísica que raya el lindero de la mística por el camino de la poética, próxima a la razón «cardíaca» que preconizara Unamuno, por el que siempre sintió tanta admiración. Ella misma definió su filosofía como órfico-pitagórica, atenta a la armonía del cosmos, de la que el corazón humano se torna fonendoscopio.

Pero con la humildad de los grandes sabios, piensa que la suya es una «filosofía menor». En el prólogo que ella misma me dictó a mi libro sobre Andalucía, Zambrano escribe:

Antes se iba a misa con el salterio. Algo de salterio ha de tener la filosofía para que sea enteramente filosofía..., de salterio en que la filosofía se cuenta y se canta; se canta como una canción que invita a ser cantada. Esto es simplemente una maravilla, una de las mayores maravillas que puede darse en esta tierra. Yo no digo que sea la más alta filosofía. No soy yo quien para decirlo, no siendo yo filósofa, ni siendo yo nada; siendo solo una muchacha del coro que va con el salterio y sigue y sigue oyendo la música perfecta...

Este sentimiento profundo de armonía le daba a María Zambrano esa paz interior y esa alegría, que, pese a sus sufrimientos, aflora en sus escritos como una suave fragancia. Un caer de una tarde otoñal cuando Madrid vestía de oro su arboleda y los vencejos rayaban el cielo azul pálido que se divisaba por el balcón abierto de su casa de Antonio Maura. María me decía convencida que toda filosofía que no produce paz y alegría interior dudaba mucho que fuera auténtica filosofía.



Juan Fernando Ortega Muñoz en su domicilio de Málaga, 2017

Texto 15

El silencio de la palabra

Con la muerte de María Zambrano se apaga la voz del último metafísico de nuestro país. Voz apasionada y sugerente que intentó construir una metafísica buceando en la tradición cultural de nuestro pueblo, atenta a las inquietudes y preocupaciones del hombre de hoy. Testigo de las crisis de España que tan maravillosamente describe en su obra *Delirio y destino*. María fue en todo momento fiel a sus convicciones de mujer progresista, republicana convencida, profundamente religiosa, en cuyos escritos raya en la mística. En ella se reúne la doble cualidad de un pensamiento profundo y una expresión bella.

Como literata es equiparable a nuestros mejores escritores del Siglo de Oro. Como filósofa introduce un método nuevo capaz de promover un resurgimiento de nuestro pensamiento filosófico.

Aunque tardíamente, la importancia de su pensamiento, que ya fue puesto de relieve en 1966 por el hispanista y filósofo francés Alain Guy, tendrá eco en nuestro país diez años más tarde, en que los filósofos más avisados de nuestra tierra hablan por primera vez de ella. Premio Príncipe de Asturias, Premio Cervantes, hija predilecta de Andalucía y de su pueblo natal Vélez-Málaga, del que siempre guardó un recuerdo imborrable.

En una carta escrita a los alumnos de sexto curso del colegio público Andalucía de Vélez-Málaga, María escribía:

Ténganme espiritualmente a su lado. Conmovidá porque en mi lejana, amada y nunca olvidada tierra me tengan tan presente...

De Vélez-Málaga me marché a los cuatro años llevando conmigo indelebles recuerdos... Como he dicho, en el patio de mi casa, calle Mendrugo, n.º 8, yo aprendí a «viajar» desde el suelo hasta el hombro de mi padre, tengo una fotografía en que me sostiene en alto y en el tacto el olor de la corteza del limonero y su perfume en mi alma.

Y aquel pozo al que caí y aquella agua profunda, clara y misteriosa, creo que han inspirado, a lo largo de mi ya larga vida.

En efecto, su tierra natal ha estado siempre presente en su producción literaria y en su investigación filosófica como germen sugeridor de su extensa producción. En esas sensaciones primarias encontró María Zambrano el más profundo motivo de inspiración para su obra.

Esas vivencias primarias quizá sean las definitivas para hacer a un tiempo filosofía y poesía, como lo fueron tantos años atrás de otro gran filósofo y poeta malagueño, Ibn Gabirol: «Todo hombre, había dicho Sartre, tiene su lugar natural, no fijan su actitud, ni el orgullo ni el valor, decide la infancia». La infancia de María Zambrano está unida a aquella casa de la calle Mendrugo, con el pequeño patio empedrado con pulidas chinillas del río Vélez, y el fragante limonero de piel áspera y de olor penetrante, que la flor de azahar, como pequeños y perfumados diablillos blancos, cubre de nieve en la primavera y de los soles amarillos de sus limones en verano. Ella recuerda cuando su padre la elevaba hasta el árbol hogareño del patio de su casa para que sus manos de niña acariciaran los limones y aquel aldabón dorado con forma de mano de mujer en el gran portalón que daba paso a su casa y que ella alcanzaba apenas de puntillas. Recuerdos profundos y a flor de piel a un tiempo, intensamente vividos, que guardo en las alforjas de su memoria

como vianda para no olvidar el sabor agridulce de su tierra en un largo peregrinar.

En sus «Cartas sobre el exilio», artículo publicado en *Cuadernos del congreso para la libertad de la cultura* (París, 1961).

María Zambrano nos dice que la distancia y el desgarramiento que le produjo su salida de España le permitió un análisis más objetivo y profundo de nuestro intra-ser de españoles. España fue una herida abierta en sus entrañas, una preocupación constante, que le hizo escribir sobre ella paginas admirables como en *España, sueño y verdad*, *Los intelectuales en el drama de España* y *Delirio y destino*, obras fundamentales para comprender la historia de nuestro país.

Trabajadora incansable, la muerte le ha sorprendido escribiendo su último libro: *Los sueños y el tiempo*, temas definitorios de su preocupación filosófica. El sueño nos habla de ese fondo endotérmico que constituyen nuestras entrañas, los «ínferos del alma», que resumen y acogen como un mar de aguas amargas ese pozo que la historia ha ido dejando en nuestro interior y desde donde se define nuestro destino. Por otra parte, el tiempo apunta al estilo de su filosofar, que ella calificó de orficopitagórico, porque como ella misma dice, hay dos clases de filósofos, según que su preocupación preponderante y su esquema de pensamiento sea el espacio por el tiempo. Los filósofos del espacio intentan fijar la realidad en estructuras manejables. El *logos* del tiempo es el de Heráclito, el de los pitagóricos, el de cuantos quieren captar el mundo en términos de armonía fluyentes como la música. María se adscribió a esta última categoría.

Su obra tiene la musicalidad de un gran poema que capta en su propia intimidad la armonía admirable de las esferas.

Descansa en paz, maestra del pensamiento, señora de la palabra.